

Para reparar su torpeza se dirigió al mostrador, cogió la mano de la señora Ragon y se la llevó á los labios. Mas sobrevino un incidente que dió á la escena un carácter grotesco.

En el momento en que el señor Berthelleminot rozaba con sus labios los dedos de Hortensia, se abrió la puerta, y una voz de timbre varonil pronunció sin cumplimiento estas palabras: ¿Está aquí *mamá Rogome*? Hortensia palideció. El romántico Berthelleminot retrocedió como si una víbora le hubiese picado en las plantas.

Un inmenso estallido de risa hizo retemblar las vidrieras del café.

En el umbral de la puerta aparecía nuestro amigo Tiennet Blóne, muy asombrado del efecto producido por su pregunta, que seguramente había formulado con la mejor buena fe del mundo.

Como nadie le respondía y todos se desternillaban de risa, Tiennet se sintió algo desconcertado, por la primera vez en su vida. Permanecía allí, con sus grandes ojos abiertos y dando vueltas entre los dedos á su gran sombrero de fieltro.

—¡Insolente!—exclamó la viuda Ragon en cuanto pudo recobrar el habla.

—¡Perdonen!—dijo Tiennet buenamente.—Me habían dicho que aquí vive *mamá Rogome*. Voy á preguntar más lejos.

Y saludando, intentó salir de nuevo; pero Berthelleminot de Beaurepas le cerró valientemente el paso.

Viendo Tiennet su frente casi calva y sus lentes de oro, sintió cierto respeto: se volvió para buscar otra salida, encontrándose frente á frente al doctor Morin.

Tiennet exclamó:

—¡Si es á usted á quien buscaba! ¿Luego vive aquí *mamá Rogome*?

La viuda Ragon rugió de rabia.

El rentista cogió á Tiennet por el cuello. El joven le miró con aire confuso, no sabiendo si debía reír ó enfadarse.

Los parroquianos del Gran Café de la Industria, presagiando un singular combate, hicieron círculo en torno de los dos campeones, y el joven Guerineul, para no perder detalle, se subió en un asiento.

X

El golpe del ariete.

Tiennet había permanecido dos horas largas sobre el banco de piedra con la cabeza entre las manos, y pensaba. Durante aquel tiempo no había perdido de vista las ventanas de la señora Marion.

Hacía frío. El cielo, cargado de pesadas nubes, descargaba algunos chaparrones, que no dejaban al traje de Tiennet tiempo de secarse. Tenía los pies en el agua, y con sus enrojecidas manos se mesaba los abundantes cabellos mojados. Miraba sin cesar la estrecha cornisa de hierro que se elevaba sobre las tres ventanas de la fachada de la señora Marion.

Hacia las ocho de la mañana salió Rosalía para ir á comprar el desayuno de su ama. Tiennet se levantó y avanzó algunos pasos hacia ella; pero cambió de opinión y volvió á sentarse.

Rosalía volvió. Tiennet sintió no haber aprovechado la ocasión de hablarle.

Media hora después Rosalía abrió las vidrieras y sacudió á la calle la piel de zorro que servía de alfombra á la señora Marion. Tiennet se volvió para no ser visto.

Cuando Rosalía cerró las vidrieras, sintió Tiennet no haberse presentado á ella. Quizás Rosalía le hubiera reconocido y acaso le hubiese hablado. ¿Quién sabe si la señora Marion se reprocharía la dureza con que la víspera le había tratado!

¡La señora Marion, que podía decirle el nombre de su madre!

Tiennet esperó una tercera ocasión, prometiéndose no dejarla escapar; pero la ocasión no se presentó. La puerta permaneció cerrada y las vidrieras no volvieron á abrirse.

Hacia las nueve y media Tiennet se levantó so-

bresaltado. Acababa de recordar que el señor Fargeau Crehu de la Saulays le había mandado avisar al doctor Morin, y su inteligencia precoz comprendía que una manifiesta desobediencia perjudicaría más bien que serviría á los intereses que deseaba defender.

Entonces, que el doctor Meaullé, amigo del señor Luciano, llevaba dos horas de delantera, no podía haber peligro alguno en prevenir al doctor Morin.

Tiennet se dirigió hacia su domicilio.

La criada de tan hábil médico era una antigua ama de gobierno que mejor hubiera deseado que su doctor hiciera tres almuerzos en su casa que uno solo en el café; por esa razón, por celos, se complacía en llamar *mamá Rogome* al ama y señora feudal del Gran Café de la Industria.

Cuando Tiennet preguntó por el doctor, Gothon Bineau, la criada, le respondió encogiéndose de hombros.

—Id á buscarle á casa de *mamá Rogome*.

Y Tiennet había partido inocentemente en busca de *mamá Rogome*.

Ya se sabe lo que ocurrió al pronunciar este sobrenombre, desgraciadamente lanzado en medio de una escena de galantería del gusto más refinado.

Por nada del mundo hubiera sospechado Tiennet la tempestad que iba á levantar. Estaba tan lejos de él todo pensamiento hostil, que el mismo gesto del señor Berthelleminot, que le había cogido por el cuello, no le hizo protestar al principio. Conocía de vista á casi todos los asistentes: Menand joven, Maudreuil, Houel, Guérineul, Besnard, etc.

Lo que experimentó fué sorpresa y algo de turbación al ver que todos los aldeanos le miraban riendo. Por eso cuando al señor Berthelleminot se le ocurrió sacudirle, Tiennet frunció ligeramente el entrecejo.

Pero el doctor Morin interrumpió la diversión, con gran descontento de la galería, y alejó el desenlace de la disputa.

—¿Qué se te ofrece?—dijo cogiendo de un brazo á Tiennet.

—¿Qué viene á hacer aquí, este indecente?—excla-

mó al mismo tiempo la voz atiplada de tenor del señor Berthelleminot de Beaurepas.

A la par que estas dos preguntas se oyó el grito agudo de Hortensia:

—¡Arrojadle sencillamente á la calle, dándole un buen puntapié en el trasero!

Tiennet miró á Berthelleminot de reojo.

—¿Y bien?—replicó el doctor.—¿Qué me querías?

—Os esperan en el castillo—contestó Tiennet;—pero soltadme el brazo. Y usted, buen hombre—añadió dirigiéndose á Berthelleminot,—deje mi cuello, porque ya empiezo á amostazarme.

—¿Eres tú el que al amanecer has llegado del castillo?—preguntó el doctor.

—Sí, señor; después...

—¿Y eres el que ha ido á casa del doctor Meaullé?

—Sí, señor; yo soy.

—¡Eres un bellaco!—exclamó el doctor.

Pero no terminó, porque Tiennet, desasiéndose del doble lazo que le tenía cautivo, rechazó de un puñetazo á Berthelleminot, de otro á Morin, y se irguió con tal gallardía que un murmullo de asombro corrió en torno de la concurrencia.

—¿Así se tutea aquí á la gente?—dijo paseando en redondo su mirada atrevida y brillante.—No sé quién sea la *mamá Rogome*; mas si alguno no está contento, aquí me tiene: ¡le espero!

Y colocándose el gran sombrero de fieltro sobre la cabeza, se le aseguró bien con un golpe seco.

El señor Berthelleminot de Beaurepas no manifestaba el menor deseo de atacarle. Tiennet al rechazarle había impreso á su enemigo tan brusca sacudida, que el sombrero del temerario rentista había rodado por el polvo.

¡Y si sólo hubiera sido el sombrero!

Pero la más elemental prudencia debía retraer de querellas y disputas á las personas bien portadas que usan bisoñé.

A presencia de todo el mundo y hasta de la tierna viuda, Aristides llevaba bisoñé. Los dos tufos de cabellos que tan lindamente se adosaban á sus sienes eran postizos. ¡Su media calvicie era un engaño, pues el rentista era completamente calvo!

Su bisoñé hizo contrapeso y cayó sobre el pavimento, dejando ver la más reluciente calva que jamás el cabello disimuló.

¡Ay! ¡Los diez y ocho mil francos de Hortensia estaban en salvo!

La galería gozaba en grande. Romblon padre é hijo, que se habían colocado en primera fila, se reían desvergonzadamente del desgraciado rentista y de su percance. Besnard procuraba tranquilizar á Morin, y le aconsejaba tomar lo más de prisa posible el camino del castillo. Maudreuil, como su primo y amigo el viejo Houel, desarrugaba algo su faz de heredero.

La *Alcachofa*, Menand joven, hablaba discretamente y casi sonreía.

El escribiente, el ujier, los comerciantes de cordeles y otros aplaudían y gritaban que se repitiera.

En cuanto al joven Guérineul, no era dueño de sí mismo. Habiendo agotado todo su vocabulario desde ¡vive Dios! hasta ¡cuernos de Lucifer! había descendido de su banquetta y se abría paso á grandes codazos para llegar hasta Tiennet.

No obstante, todo hubiese terminado allí, según toda probabilidad, y el combate hubiera cesado por falta de adversarios, si el doctor Morin hubiera imitado la prudencia de Berthelleminot. Pero los médicos son, como los poetas, gentes irritables, y el doctor hubiera de buen grado perdonado el puñetazo; mas no podía perdonar la preferencia dada á su colega Meaullé. ¡Aquel asno de Meaullé!

Para desgracia suya, el doctor Morin tenía un bastón de manzano, y afectando sonreír, á fin de despistar á su mentor Besnard, se desembarazó de él diciéndole:

—Parto al punto.

Besnard le soltó, y él se dirigió hacia Tiennet con el bastón levantado.

—¿Conque has ido primero á casa de Maullé?— exclamó con extravagantes inflexiones.—¿Conque has puesto á Meaullé antes que á Morin? ¡Bribón, rústico, pícaro!

Silbó el bastón de manzano, y rápido como una bala se dirigió hacia la frente de Tiennet.

Este paró el golpe; recibió el bastón con la mano

abierta, se le arrebató al doctor, y lo rompió sobre sus rodillas como si hubiera sido una paja.

Hasta entonces Tiennet había estado tranquilo; pero Berthelleminot de Beaurepas, que había recogido su sombrero y su bisoñé, se acercó despacio á Tiennet por detrás y le dió en la cabeza un puñetazo muy lindo para un rentista.

Romblon padre é hijo, así como el joven Guérineul, protestaban con un ¡hola! que este último acompañó de un enérgico ¡voto al Diablo!

Pero el golpe estaba dado.

Tiennet había visto, como vulgarmente se dice, las estrellas. Aturdido por el golpe, se nubló su vista y colocado como estaba en medio de un círculo de carne humana que poco á poco iba estrechándose, creyó que decididamente querían jugarle una mala partida.

Más vale atacar que defenderse, es la máxima bretona. Conforme á ella, Tiennet se lanzó contra sus enemigos. Los dos Romblon, que quisieron detenerle, fueron derribados en un abrir y cerrar de ojos, uno á la derecha y otro á la izquierda; y cuando el pobre Guérineul, que se encontraba ante él, se ponía en guardia instintivamente, Tiennet bajó la cabeza con la rapidez del rayo y le dió el terrible golpe de los luchadores de la vieja Armenia, que se llama el golpe del ariete.

El pecho de Guérineul dió un chasquido, y como si una bala de cañón le hubiera cogido por mitad del cuerpo, fué lanzado á través del grupo formado por el escribiente, el ujier, el viejo Houel, *Primo y amigo*, etc., y fué á caer de espaldas en la habitación del billar.

La *Alcachofa* Menand, que fué el único que no formó en fila, aprovechó la ocasión para morder su bastón, después de lo cual partió, sin decir á nadie una palabra.

Besnard había ya arrastrado á Morin por fuerza. En cuanto al *valiente* Aristides Berthelleminot de Beaurepas, se había escurrido al punto después de realizar su hazaña.

Tiennet quedó solo en medio de la habitación. Nadie se atrevió á volver á acercarse á él.

Era todo un hombre. La conciencia del acto violento que acababa de cometer, siendo un aldeano contra unos burgueses, y el aislamiento en que le dejaban, le desconcertó y desarmó toda su audacia.

Arrojó en torno de sí una mirada contrita.

Romblon, padre é hijo, se levantaban penosamente. En cuanto al joven Guerineul, le ayudaban á levantarse.

Tiennet se quitó su sombrero balbuciendo:

—¡Perdón, se lo suplico! ¡Yo no sabía!...

Su mano sangraba á consecuencia del bastonazo dado por el doctor Morin y su cabeza ardía.

—¡Perdón!—repitió tambaleándose, efecto de un súbito aturdimiento.—¡De buena gana bebería un cuartillo de sidra!

Como nadie le contestara, echó hacia atrás sus largos cabellos y se golpeó el pecho con cierta especie de orgullo. Tenía en el bolsillo media docena de sueldos, toda la fortuna del pobre Tiennet.

Esto tampoco hizo efecto.

—¡No se vende aquí sidra—dijo la voz rencorosa de la viuda Ragon.—Vete á la taberna con tus iguales.

Tiennet, que había palidecido, se tornó rojo. Buscó un asiento y no tuvo tiempo de encontrarlo. Cayó en el suelo y sus ojos se cerraron.

Así fué como el pobre Tiennet Blóne hizo su entrada en el mundo.

XI

En que Tiennet Blóne se muestra demasiado atrevido.

Cuando Tiennet despertó, la multitud había disminuído considerablemente en la sala grande del café. *Primo y amigo* y el viejo Houel habían partido misteriosamente casi al mismo tiempo que Morin, Besnard y Menand joven.

No había más que dos grupos.

El primero, del que Tiennet formaba parte, estaba compuesto de Romblon, padre é hijo, y el joven señor Guerineul, sus tres víctimas, que rodeaban la mesa en que el viejo Romblon bebía aguardiente desde el principio de la jornada.

El segundo estaba reunido cerca del mostrador, presidido por la viuda Ragon en persona. El señor Berthelleminot de Beaurepas llevaba la palabra.

Los dos Romblon y Guerineul miraban á Tiennet y refan de buena gana. Guerineul tenía una señal roja en la frente, porque en la pelea había caído contra un ángulo de la mesa de billar, y aún estaba algo pálido.

Tiennet se pasó la mano por los ojos.

—¡Un trago de aguardiente, joven!—dijo papá Romblon.—¡Eso hace provecho á su edad!

Tiennet mojó los labios en el aguardiente, pues no le gustaba más que la sidra, porque refresca, y Tiennet no bebía sino para aplacar la sed. Hizo un gesto, lo cual disminuyó algo la gran estima que parecía profesársele en torno de la reunión.

—¡Toma, toma!—dijo Fiff.—¡Al muchacho no le gusta lo bueno!

—¡Falta de educación!—hizo observar filosóficamente el papá.

—¡Vive Cristo!—repuso Guerineul.—¡Eso no le impide dar cachetes divinamente!

—Por eso—opinaron gravemente los dos Romblon—dió bien el golpe del ariete.

Se bebió una ronda. Tiennet miraba la señal roja del hidalgo.

—Sin querer ofenderos, señor Guerineul—dijo con tímida cortesía,—si os he hecho daño, lo siento muchísimo; perdonad.

—¡Toma!—dijo Guerineul.—¿Sabes mi nombre?

Y después añadió:

—¡Claro; tú eres del castillo!

—Y es preciso que tenga mucha fibra en brazos y piernas—repuso Romblon hijo—para haber pasado por donde dejó al pequeño *Argent*.

Tiennet bajó los ojos entristecido.

—¡Pobre *Argent*!—murmuró.—Hice cuanto pude por salvarle.

Papá Romblon colocó sobre la mesa al mismo tiempo su copa y su pipa.

—¡Dejemos al animalejo!—dijo sentenciosamente. —*Argent* era demasiado corto de piernas.

—¡Oh!—dijo Tiennet, como si hubiese oído injuriar á un amigo muerto.

—Por lo demás, era un bello sujeto. Pero di, muchacho: ¿el viejo Crehu está verdaderamente muriéndose?

—Sí—replicó Tiennet.

Papá Romblon se levantó.

—Ven, Fifi—dijo, sin terminar siquiera de beber su copa.—Voy á armar el carricoche.

—¿Para ir á Ceuil?—preguntó Guérineul.

—A Ceuil ó á otra parte—respondió papá Romblon.

—¡Ah, cuerpo de Cristo!—gritó Guérineul.—¿Es que sois también herederos vosotros, los Romblon?

—¡Fuego!—repuso Fifi con dignidad.—¿Cuándo ocurrirá eso?

—¡Bueno, bueno! Se lo preguntaba para saberlo. Juan del Mar me parece que estaba inundado por un mar de parientes.

—Herederos ó no, Guérineul—dijo papá Romblon, —le ofrecemos un sitio en el carricoche.

—¡Aceptado!

—Lo mismo que á este muchachote—dijo el viejo traficante señalando á Tiennet, que tenía más de cinco pies y seis pulgadas.

Sin duda, Tiennet Blóne hubiera contestado á esta frase como lo exigían las conveniencias sociales si hubiera prestado oído; mas no oyó la oferta de papá Romblon.

Hacía algunos segundos que su atención estaba violentamente excitada por algunas palabras que habían partido del círculo formado al lado del mostrador, y que había cogido al vuelo.

Estaba seguro de que habían pronunciado su nombre y también el de la señora Marion.

Pálido y con los ojos encendidos, escuchaba como si se tratara de su vida.

En el momento en que el viejo Romblon le ponía la mano en el hombro para repetir el ofrecimiento,

Tiennet le rechazó bruscamente y de un salto se dirigió al mostrador.

—¿Qué mosca le habrá picado?—preguntó el buen hombre.

Tiennet había roto el círculo y estaba con la frente alta ante el señor Berthelleminot de Beaurepas, rentista.

Este se había tranquilizado á medias.

—¿Os han dado quinientos francos—dijo Tiennet rechinando los dientes emocionado y hablando con trabajo—para alejar del país á un joven que se llama Tiennet Blóne?

—Pero...—quiso contestar Berthelleminot.

—¡Responded—gritó Tiennet,—ó esta vez os rompo la cabeza de un puñetazo! ¡Tan cierto como es usted un miserable y que tiembla como un cobarde!

La cosa no era para chancearse ni discutir. Tiennet había cruzado los brazos sobre el pecho; pero su cuerpo sano y robusto se encorvaba ligeramente hacia atrás: sus músculos se distendían y sus ojos amenazaban como la punta de una espada.

Diremos en dos palabras al lector el incidente que tan fuertemente había conmovido á Tiennet Blóne y le había lanzado nuevamente en medio del círculo presidido por el señor Berthelleminot de Beaurepas.

Era un asunto de amor. El rentista, explicando sus relaciones con la señora Marion, propietaria, á fin de disipar los celos de la viuda Ragon, decía:

—Apenas he tenido el honor de conocer á esa señora Marion, que me parece es de una clase... En fin, esto no importa. No tengo nada que decir de ella.

La viuda Ragon sonrió ligeramente.

—En cuanto al asunto del hombre que me ha proporcionado—prosiguió Berthelleminot,—es claro como la luz. Sabía que el navío el *Argonauta* estaba pronto en Grenville. Pues bien, esa señora, á semejanza de otras muchas, tiene alguien que aquí le estorba.

—¡Oh! ¡oh!—dijo la concurrencia.

—¡Bah!—añadió la viuda Ragon sonriéndose á medias.

Aquél fué el momento en que Tiennet Blóne, sen-

tado al otro extremo de la habitación en compañía de los Romblon y del joven Guerineul, comenzó á escuchar con atención.

Berthelleminot se estiró los puños.

—Sí—repuso, sintiendo que tenía casi ganada su causa y que lo malo que dijese de la señora Marion sería un bálsamo para el corazón herido de Hortensia;—esa señora tiene alguien que le estorba, y á ese alguien quiere mandarle á todos los diablos.

—¡Veamos!—gritó el coro.

Hortensia sonreía francamente.

—En esta situación—continuó el rentista,—se ha dirigido á mí y me ha ofrecido veinticinco luises por el viaje de nuestro hombrecito.

—¡Oh!—exclamó el concurso.—¿Es un muchacho?

—Un mozo de diez y seis años—replicó el rentista.

—Es, á fe mía, hermosa edad—dijo Hortensia.

Tiennet era todo oídos.

—Comprenderéis—prosiguió Berthelleminot—que un bobalición de diez y seis años sólo me satisface á medias. Me hacen falta hombres vigorosos y fornidos. Sin embargo, la señora dice que el hombrecito es robusto y decidido.

—¿Cómo se llama ese hermoso mozo?—preguntó la viuda Ragon.

—Esperad; se me ha olvidado el nombre. ¡Ah, ya me acuerdo! Tiennet; Tiennet Blóne, creo que se llama.

Tiennet lo oyó perfectamente y al oírlo fué cuando echó á andar, á tiempo que el viejo Romblon le ofrecía un sitio en el carricoche.

Berthelleminot no se dió cuenta de ello.

—En consecuencia de lo que precede—terminó,—he aceptado los veinticinco luises y el muchacho, que completa mi contingente. Espero, hermosa dama, que esta explicación tenga el don de satisfaceros.

La aparición de Tiennet fué un golpe teatral.

No conocían á Tiennet. La viuda Ragon lo detestaba porque la había llamado *mamá Rogome*. Berthelleminot le tenía miedo, pero aún no sabía su nombre.

—Pienso, señor—dijo, tratando de conservar su dignidad,—que tiene usted interés... entiendo que un interés legítimo... en saber...

—Es que yo me llamo Tiennet Blóne—interrumpió éste.

—¡Oh!—dijo Berthelleminot con la boca abierta.

En la reunión todos pensaban: «Este es el hijo de la señora Marion, la propietaria de la calle de la Cruz».

Algunos decían en alta voz:

—Señor Berthelleminot, este muchacho no nos parece muy débil para soportar los peligros de vuestro viaje.

—¡Eso es diferente!—dijo Berthelleminot.—Señor Tiennet Blóne, buenos días. Estamos destinados á hacer más amplio conocimiento. En cuanto á la señora, vuestra... quiero decir, la señora Marion, nadie puede indicar de una manera cierta...

—¡Ya he oído!

—Permitidme, señor Tiennet Blóne: la señora Marion desea que hagáis fortuna.

—¿Y por qué desea que yo haga fortuna?—preguntó impetuosamente Tiennet.

Berthelleminot se desconcertó.

En la reunión cada cual se reía para su capote.

Mientras que Berthelleminot buscaba una respuesta á la pregunta imprevista y sencilla del joven, éste le volvió la espalda, abrió de tres codazos el círculo en que se había encerrado después de su brusca irrupción en él, y se marchó sin decir oste ni moste, como había venido.

Franqueó la puerta y se le vió atravesar la calle como una flecha.

XII

La señora Marion, propietaria.

Tiennet Blóne dirigió una ojeada al espacio que le separaba de la calle de la Cruz, donde habitaba la señora Marion. Llevaba en la cabeza un mundo de ideas que le enloquecían.

Cuando fué á llamar á la puerta, oyó á sus espaldas una voz que decía:

—¡Eh, mocito! No vuelves al castillo con nosotros?

Tiennet volvió la cabeza y vió á tres hombres en un carricoche tirado por un robusto caballo. No reconoció á los dos Romblon ni al joven Guerineul: tal era la nube que obscurecía su vista.

Pasó el carricoche. Los relojes de la ciudad dieron las doce. La puerta de la señora Marion se abrió y entró Tiennet.

Entre todos los pensamientos que se agitaban en su cerebro, había uno que dominaba á los demás, no pudiendo afirmarse que hubiera nacido repentinamente, ni tampoco que hubiera tenido origen en el Gran Café de la Industria, como resultado de una conversación escuchada de lejos y sostenida en torno del mostrador de la viuda Ragon.

Aquel pensamiento lo había acariciado más de una vez desde la víspera; pero era prontamente rechazado.

Y tanto cuerpo había tomado en el espíritu de Tiennet, que, más que un pensamiento, era una creencia, casi una convicción.

Para cambiar su convicción en certeza, le parecía que bastaba una sola cosa: ver á la señora Marion. En su consecuencia, para verla, y esto al punto, hubiera sido capaz de levantar una montaña.

La pobre Rosalía fué atropellada sin miramiento, y tan vivamente que para no caer tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta.

—¡Se ha visto nunca cosa parecida!—exclamó reconociendo al recién llegado.—¡La señora Marion no está! Si ayer se hubiera esperado para aguardar su respuesta, se hubiese enterado de que le recibiría más tarde, dentro de ocho días.

—No es dentro de ocho días cuando quiero ver á tu ama, hija mía; es ahora mismo, ¡y la veré!

—¡Y me tutea!—exclamó Rosalía estupefacta.—¡Ayer era tan tímido! ¡En un día cómo ha cambiado!

Y como Tiennet continuase su carrera, después de un instante de duda, se lanzó delante de él.

—¡Esperad!—repuso.—¡Esperad al menos que avise á la señora!

Tiennet la apartó nuevamente, pero con más miramiento que la primera vez.

—No es necesario, hija mía—dijo con la calma del que se hace superior á las grandes emociones.—Tu ama acaso me mandase echar y sucedería una desgracia.

—¡Una desgracia!—repitió la criada con espanto.

Y retrocedió. Tiennet aprovechó el momento y subió de cuatro en cuatro las escaleras. Rosalía le seguía con ojos asustados.

—¡Una desgracia!—repetía, sin saber lo que decía.

—¡Por mi fe, este mozo tiene algo extraño y no es como los demás! ¡Si la señora quiere arrojarle, que le arroje!

En lo alto de la escalera Tiennet empujó una puerta entreabierta y se encontró en una especie de antesala donde estaba el lecho de la sirvienta.

—¿Eres tú, Rosalía?—preguntó la voz de la señora Marion en la pieza vecina.

Palpitó violentamente el corazón de Tiennet. Como la víspera, aquella voz le produjo una impresión profunda y extraña.

No respondió y continuó avanzando.

—¡Bien!—repitió la propietaria.—¿Contestarás, Rosalía?

Tiennet se llevó ambas manos al pecho, atravesó la antesala y abrió bruscamente la puerta. Al punto llegó hasta él un olor desconocido, mezcla de perfumes ordinarios y fuertes: rosa, ámbar, almizcle, benjuí, portugal y clavel.

Tiennet acababa de entrar en el templo de la Venus de Vitré. Era la habitación en que la señora Marion, propietaria, se hacía el tocado.

Seguramente, en medio de tales olores, detestablemente mezclados, una griseta de nuestro arrabal de San Germán hubiera, por lo menos, caído de espaldas; pero Tiennet tenía buenos nervios, y no fué eso lo que le hizo desvanecerse, sino la presencia de la señora Marion misma.

—¡Es una mujer demasiado joven!—se decía.

El pobre Tiennet nunca había visto más que aldeanas, y una aldeana que tiene un hijo de diez y seis años ya es una mujer vieja.

En la ciudad, una mujer joven puede tener un hijo de veinte años, y hasta de más edad.

Y la reflexión desta mujer es demasiado joven! desvaneció el ensueño que acariciaba. Por un momento había pensado que la señora Marion era su madre, suposición que al punto había rechazado, pues la víspera la señora Marion le despidió como á un pordiosero.

Mas, ciertamente, cualquiera hubiese hecho lo propio y todas sus meditaciones tendían á un solo punto: á excusar á su madre.

Y como Tiennet tenía talento, sin dudarle por nada del mundo, hubiera encontrado para su madre infinitas excusas. El mismo asunto de los veinticinco luises lo consideraba desde distinto punto de vista: en su opinión, era un sacrificio.

¡Quién sabe! Tiennet apenas conocía la vida; pero adivinaba que á veces una mujer se ve obligada á ciertos extremos.

El amor de su madre, pues ya la amaba con ardor, era para él una antorcha. Su madre no podía ser culpable. La amaba. ¡Pobre mujer!

Era preciso adorarla, mucho más si estaba obligada á ocultar su ternura.

Y he aquí que Tiennet ya no tenía madre.

Aquella señora Marion, propietaria, le parecía muy joven.

¡No, por Dios! La menos experimentada de nuestras amables lectoras hubiera adivinado á primera vista su edad, que no le impedía haber dado el ser al gran Tiennet. Aún más: Tiennet Blóne hubiera podido tener sin inconveniente uno ó dos hermanos mayores que él.

Con frecuencia en nuestras campiñas bretonas la madre de familia tiene un sello, y casi podríamos asegurar que un uniforme. El que no las ha visto es fácil que se engañe.

¿No debía ser siempre la coquetería sinónimo de juventud?

La señora Marion, en traje de mañana, con los cabellos trenzados bajo una ligera gorra de encajes, peinador rosa bastante descotado y pequeñas chinelas, le pareció á Tiennet una mujer muy joven.

La rentista estaba recostada en una butaca, y dirigió á Tiennet la mirada serena de una persona á quien no asusta nada.

Aquella señora Marion debió de haber sido muy hermosa quince años antes de la época en que comienza nuestra historia. Un inteligente le hubiera dado de treinta y seis á cuarenta años. Era bajita y regordeta; parecía fresca á diez pasos, y de cerca, algo ajada. Tenía los ojos grises, el talle corto, pies grandes á causa de su gordura, y un hoyuelo en la mejilla izquierda.

Además de esto, una voz nasal de Vitré añadía:

—¡Y treinta sueldos de perfumes variados en el cuerpo!

La señora Marion había terminado el tocado en su alcoba, que le servía de gabinete, austera en realidad y voluptuosa en apariencia, pues tenía los viejos muros adobados y rejuvenecidos.

La diosa y el templo estaban en perfecta relación.

—¿Quién está ahí?—dijo al ver la figura de Tiennet en el umbral.

Tiennet, indeciso, no sabía si avanzar ó retroceder. Su atrevimiento, que á veces llegaba hasta la temeridad, había de repente desaparecido. Estaba cien veces más desconcertado que en el momento en que los parroquianos del Gran Café de la Industria le habían rodeado como á un bicho raro al preguntar por *mamá Rogome*.

La propietaria, regordeta y colorada, le parecía aún más imponente que el señor Berthelleminot de Beaurepas, caballero del Aguila amarilla de Suabia y rentista.

—¡Y bien!—repuso la señora Marion.—¿Hablará? ¿Qué aire tan estúpido tienen los mozos de este país!

Iba á decir algo más, sin duda; pero una idea pareció asaltarle bruscamente.

Se interrumpió. Sus ojillos grises tomaron una expresión de inquietud y se apartaron de Tiennet Blóne, que continuaba en el mismo sitio, derecho como un palo, con el sombrero en la mano, el rubor en el rostro y los ojos bajos.

XIII

En que Tiennet Blône pide una madre.

La señora Marion tenía á su lado los restos de su almuerzo, ya terminado; porque entonces, como hoy, en la villa de Vitré se almorzaba á las doce. La mesita de que usaba para sus comidas estaba al lado de la que le servía de tocador.

Esto sublevará acaso la delicadeza de alguien: ciertamente, no es grato pensar en estos platos empezados al lado de vasijas llenas de líquidos rosados y jabonosos; mas la fidelidad es la cualidad primera del pintor, y nos es preciso mostrar tal como son las cosas.

No estamos en el camarín de una mujer de mundo, ni en la pobre buhardilla de la mujer del pueblo, lugares que tienen su color propio y su belleza de contraste.

Nos encontramos en un término medio, en un lugar híbrido, mitad lujoso, mitad humilde.

La señora Marion había tomado su café y, además, su copita de licor estomacal. En la confusión que le produjo la presencia de Tiennet, se sirvió una segunda copa. Su mano temblaba al llevársela á los labios.

Viendo que no le hablaban, Tiennet levantó al fin los ojos. Bajo su ignorancia era un muchacho avisado, y no le pasó inadvertida la distracción de la propietaria.

Y su idea, su famosa idea, acudió á él rápidamente.

Avanzó un paso.

La señora Marion dejó su vaso á medio apurar sobre la mesa é imprimió á su butaca de ruedas un movimiento de retroceso.

Tenía miedo.

Pero en las mujeres existe la propensión al com-

bate hasta cuando tienen miedo. Además, la señora Marion, propietaria, no se intimidaba con facilidad.

Se rehizo con un valiente esfuerzo y miró frente á frente al enemigo.

—Había dicho á Rosalía que no dejara subir á nadie—dijo con malhumorado tono.—Es usted el joven Tiennet Blône. ¿verdad?

—¡Oh!—contestó éste.—¿Usted me conocía?

La propietaria se encogió de hombros.

—Lo mismo que á Adán y á Eva, mi pobre mozo—replicó.—Solamente que he cometido la tontería de hacer por usted alguna cosa; pero si se mezcla en asuntos ajenos, es fácil que me arrepienta de lo que he hecho. ¿Qué quiere usted?

Tiennet levantó la cabeza al oír que le hablaban con rudeza y desdén.

—Quiero que me diga usted el nombre de mi madre—contestó con voz firme y lenta.

La propietaria se sonrió secamente.

—¡Todos son lo mismo!—refunfuñó.—¡El nombre de su madre! ¿Y dónde voy á ir por tal nombre, hijo mío? ¡Buen oficio me da: el de buscar á las madres perdidas! ¡Está usted loco, amigo mío, loco!

Hablaba con volubilidad, como el que quiere aturdirse á sí mismo y desorientar á otro.

Tiennet le dejó terminar sin interrumpirla, y cuando se detuvo repuso:

—Quiero que usted me diga el nombre de mi madre. No estoy loco. Usted sabe el nombre de mi madre, y ha de decirme.

—¿Yo?—exclamó la propietaria, que aún intentaba reír.—¿Yo lo sé? ¡Vaya una historia!

—Cuando el viejo Santos Blône murió—prosiguió Tiennet sin conmoverse,—me dijo: «Vé á casa de la señora Marion, propietaria, en la calle de la Cruz, en Vitré».

—¡Ah!—dijo la señora Marion palideciendo.—¿Santos Blône dijo eso?

—Los que van á morir no mienten, señora. Lo que Santos me dijo es la verdad.

La propietaria había vuelto la cabeza, y haciendo esfuerzos para mostrarse serena, dirigía á hurtadillas miradas inquietas á Tiennet.

Este esperaba.

—Y Santos que te dijo tan bellas cosas, ¿no te dijo más que eso?—preguntó dudando la señora Marion, á la que costaba grandes esfuerzos conservar un aire indiferente.

Tiennet entonces no sabía mentir.

—Nada más que eso, señora—replicó.

Un relámpago de satisfacción brilló en los ojos grises de la propietaria.

—Pero eso me basta—añadió Tiennet.—Si Santos me hubiera dicho más, no estaría en esta casa; y puesto que estoy aquí, lo que debí saber por Santos lo sabré por usted.

Las palabras cambian de sentido según las situaciones. Entonces hablaba el aldeanito de otro modo que diez minutos antes lo había dicho.

La propietaria creyó oportuno apurar su vaso de licor.

—Pues bien—dijo,—síntese si quiere, señor Tiennet Blóne, y hablemos un poco. He conocido, en efecto, á su padre, el viejo Santos.

—No era mi padre, señora.

—Es posible, hijo mío. Ya oye usted que yo ignoro los hechos. Santos Blóne no era un hombre de mi clase. ¡Vamos, síntese!

Y acercó una silla á Tiennet, que se sentó.

—Es usted un guapo mozo, amiguito—prosiguió, queriendo ganar tiempo para reflexionar,—y me parece que tiene talento. Además, su visita me hace pensar que ha visto al señor Berthelleminot de Beaurepas.

—Sí, le he visto.

—Toda mi vida, joven, he hecho buenas obras y acciones benéficas. Ya me conocen, gracias á Dios. Cuando vino usted ayer, pregunté á Rosalía: ¿Cómo es aquel joven? Y me respondió: ¡Un gran corazón! Entonces, como estoy en posición desahogada, sin ser rica, me desprendí gustosa de quinientos francos para hacer la felicidad de un bravo mozo. ¿Quiere usted una copita, señor Tiennet?

Este hizo un gesto negativo.

No hablaba, pero el corazón le palpitaba con violencia, y en su expresiva fisonomía podían leerse las

mil contrapuestas emociones que en él se sucedían con rapidez creciente.

Primero, una enérgica repulsión; después, de cólera, una cólera infantil bajo la cual había lágrimas; el renacimiento de los antiguos entusiasmos que más de una vez habían hecho latir su corazón; luego, la aspiración vehemente hacia el amor desconocido de una madre; por último, la desesperación.

Tan contrarias emociones le producían ardiente fiebre.

Sin embargo, aquella mujer que estaba allí, cerca de él, no era muy á propósito para sostener su exaltación, sino la síntesis de cuanto puede soñarse de pequeño, de bajo, de seco, de vulgar. Tal era la señora Marion, propietaria.

La señora Marion, que no veía más que una cosa en el destino humano, *tener de qué* para vivir bien vestida y bien alimentada, bebiendo licores que favorecieran la digestión de la ternera, poseyendo encajes para sus gorros y tela fina para sus camisas.

La señora Marion no estaba hecha á leer de corrido en un alma virgen y fuerte. En ese libro no veía gota la buena mujer, que pensaba de muy mal humor:

—¡Es fastidioso este incidente! Va á costarme todavía quince ó veinte francos mandarle á los infiernos! Veinte francos y quinientos francos... ¡Esto es muy desagradable!

La respiración de Tiennet se inflamaba en su pecho.

Cuando la señora Marion acabó su copa, el joven tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Señora!—murmuró con voz entrecortada.—¡Se lo suplico! ¡Tenga piedad de mí!

La propietaria no le comprendió, como era natural.

—¡Piedad de usted, criatura?—dijo.—Todo el mundo sabe muy bien que soy caritativa; pero quinientos francos me parece...

Esperaba quizás poder salir del apuro por diez francos.

Tiennet cruzó las manos.

—¡Dígame que no es mi madre—exclamó,—porque sufro demasiado!

La señora Marion saltó de su asiento y perdió los hermosos colores de su nariz.

—¿De quién? ¿De quién?—dijo.—¿Su madre? ¿Su madre, muchacho? ¡Yo no tengo hijos!

Después, reponiéndose poco á poco en vista de que Tiennet guardaba silencio, añadió con aire de dignidad ofendida:

—No es discreto, amigo mío, entrar en las casas para representar escenas parecidas!

Tiennet no escuchaba.

—No!—pensó en alta voz.—¡Es imposible, estoy loco! ¡Mi madre! ¡Sé bien que la reconocería nada más que en su dulce voz, nada más que en su sonrisa!

La señora Marion lanzó una ojeada oblicua á un espejo, que reproducía sus facciones coloreadas y redondas.

Tiennet proseguía:

—No! ¡Usted no es mi madre! Creo que usted es buena, que mi madre es una pobre mujer á quien mi nacimiento ha acarreado la desgracia, y usted se ha compadecido de ella. ¿No es así?

—Tal vez—dijo la señora Marion, que no tenía miedo y que se había tornado cariñosa.

—Mi madre, sin duda, no es casada—continuó Tiennet, cuya imaginación galopaba.—Mi madre se avergüenza cuando piensa en mí... ¡pero me ama!

—¡Caramba!—dijo la propietaria con cierta emoción.—¿Otra vez, muchacho?

Tiennet no alzó los ojos, y parecía temer encontrarse con la mirada de su interlocutora.

—¿Tenía algo que ocultar y temía hacerse traición? ¡Usted la conoce, señora—añadió,—usted la consuela! ¡Pues bien, dígame que la adoro con ardor, que no amo más que á ella en el mundo! ¡Sabed cuanto siento y cuanto soy, pues acaso ella también quiera saberlo! ¡Voy á decírselo, para que se lo repita, señora!

—¡Bueno!—interrumpió la propietaria.—Si alguna vez la encuentro, muchacho, á buen seguro que cumpliré el encargo.

—Usted la encontrará—dijo Tiennet con una inflexión de voz singular,—y le dirá que hace dos me-

ses Tiennet Blóne era un muchacho feliz. Desde que le dijeron que tenía una madre, Tiennet busca... busca día y noche. Y como no tiene indicios que le guíen en su marcha, camina al azar, escuchando, acechando, espiando. En el castillo de Juan Crehu le temen y no le comprenden: le temen porque le han encontrado á menudo por la noche escurriéndose como una sombra á lo largo de los pasillos; le temen, porque sabe los secretos de todos, como si fuese un hechicero que tuviese comercio con Satán.

La señora Marion hizo un movimiento y se inclinó ante un Crucifijo que tenía á la cabecera de su lecho.

Para ella era la religión como todo lo demás. La practicaba á sus horas y en la medida precisamente necesaria para su salvación.

Tiennet sonrió tristemente.

—No tenga usted miedo, señora—prosiguió tranquilamente.—Se engañan: no soy un hechicero. Si lo fuese, sabría el nombre de mi madre.

Esto era perentorio, y la señora Marion volvió la espalda al Crucifijo.

—¡Ay!—continuó Tiennet.—¿Es verdad lo que dicen? Sé muchas cosas que no debía saber. Pero á usted ¿qué le importa eso?

—¡Oh!—dijo la propietaria, cuya redonda cara había adquirido de repente una expresión de curiosidad.—Eso no me importa absolutamente nada, muchacho. Solamente que no puedo ofrecerle ningún consuelo. ¡Caramba! A su edad...

Y se sirvió una tercera copa de licor para animarse.

—Después de todo—replicó sorbiendo á tragos,—eso va en gustos. He conocido jóvenes muy gentiles á quienes les gustaba mucho torturarse el corazón. ¿Dice usted que sabe algo del viejo Juan Crehu de la Saulays?

Estas últimas palabras fueron pronunciadas negativamente.

Pero mientras paladeaba su copita de *peñascoró*, los ojos de la propietaria brillaban ni más ni menos que las pupilas de los gatos por la noche.

XIV

Sobre el Crucifijo.

Tiennet guardó silencio unos momentos. La señora Marion continuaba observándole con avidez, pues á su vez también ella sentía curiosidad.

—Sé muchas cosas—respondió al fin Tiennet—de Juan Crehu, como de todo el mundo. Todo lo que se quiere ocultar lo indago, porque me parece siempre que mi secreto está mezclado con el secreto de los demás y que al fin voy á descubrir un rastro, un indicio... Pero ¡nada, nada, nunca, nada! Detrás de cada velo que descorro, percibo un misterio extraño á mí. El bien unas veces, el mal otras; nunca lo que busco, lo que me es preciso, lo que perseguiré hasta el último día de mi vida.

—¡Es tuyo este perillán!—exclamó la propietaria.

La exclamación contrastaba, en verdad, enérgicamente con la tristeza pintada en el rostro de Tiennet Blòne. Pero la señora Marion tenía necesidad de una transición, y para eso todo sirve á las mujeres.

—Tengo la idea—repuso, poniendo cuanta diplomacia le era posible en aparecer indiferente,—tengo la idea de que ha oído usted al viejo Juan Crehu hablar de mí.

—No—respondió Tiennet.

La respuesta satisfizo á la propietaria, aunque se picara por ella.

—¡Ah!—dijo con un tono que participaba á la vez de ambos sentimientos.

Y después, con resolución:

—Pues bien, muchacho, cada cual tiene sus asuntos, y yo pienso que usted no tiene más que decirme.

Tiennet se estremeció ante tan sencilla advertencia, que otro más experimentado que él hubiese debido esperar.

—¿Me despide usted?—murmuró.

—A fe mía—replicó la propietaria,—usted ha entrado sin dar los buenos días, jovencito; hemos hablado como buenos amigos, y ya no sé lo que le queda que hacer aquí.

—¡Ah!—repitió Tiennet bajando los ojos.—¿Meecha usted?

—¡Vamos, pequeño!—exclamó alegremente la señora Marion.—Separémonos: es preciso, puesto que usted va á hacer un largo viaje.

Introdujo la mano en el bolsillo de su delantal y sacó de él dos escudos de cien sueldos.

—Tomad esto—continuó—y bebed á mi salud.

Las dos piezas de cinco francos se escurrieron entre los dedos de Tiennet y rodaron por el suelo.

Se irguió, y su mirada dura y fría se encontró con la de la propietaria, que palideció seriamente.

—¡Bien! ¡Bien!—empezó á decir.

—¡Cállese!—interrumpió Tiennet.

La señora Marion pareció subyugada.

Tiennet repuso, cogiéndola de un brazo y mirándola de frente:

—¡Lo que hace usted es espantoso, porque usted es mi madre!

Estamos obligados á decirlo: esta escena, que en el fondo era grave hasta lo trágico, era grotesca en su forma. A unos los hubiese enternecido, otros no hubieran podido menos de reirse. Había en ella, de una parte, un muchacho robusto y fiero; de la otra, una mujercita gruesa, roja, con un peinador rosa.

Con la mano que le quedaba libre bebió una cuarta copa de *peñascaró*. Este vocablo vitriés nos persigue, y si no lo hubiéramos escrito, hubiéramos faltado á la fidelidad del historiador. Una vez apurada la cuarta copa de *peñascaró*, exclamó con voz potente:

—¡Guardias!

Es preciso afirmar que tan extraño grito no fué inspirado por un principio de embriaguez, pues cuatro copas de *peñascaró* eran poco para la señora Marion, propietaria.

Pero contra las repentinas y grandes calamidades se invoca al santo que primero se ocurre, y la señora Marion invocaba á la guardia.

¡Dios mío! Pongámonos en un instante en su lugar. Posea las rentas que era preciso para comer y beber con holgura, y he aquí que un hijo le caía del Cielo.

—¡Guardias!

¡Un hijo! Es decir, un ser que iba á cambiar su tranquilidad en tormento, á devorar sus ahorros, á ocupar un sitio en su pensamiento y á despertarla de la somnolencia en que dulcemente vegetaba.

—¡Guardias!

¡Un hijo! ¡Un intruso! ¡Una boca más á la mesa! ¡Un cuerpo más que vestir! ¡Un estorbo! ¡Una carga! ¡Un engorro!

—¡Guardias! ¡Guardias!

¿Es que hay derecho á ir así á imponerse á los propietarios? Se tiene un hijo por el mundo; esto es por sí mismo una gran desgracia, sin estar además obligado á reconocerle y alimentarle.

La guardia no estaba allí para responder. La señora Marion se dió cuenta de ello, y gritó, elevando mucho más el diapason de su voz, ya sobreagudo:

—¡Rosalia! ¡Rosalia!

Pero la casualidad quiso que Rosalia hubiese justamente aprovechado la entrada de Tiennet para ir á decir dos palabras á un leñador y no respondió más que la guardia.

La señora Marion, espantada de aquel silencio, perdió la cabeza y repetía con voz entrecortada:

—¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Fuego!

Quiso lanzarse hacia la puerta, pero Tiennet estaba en pie ante ella, pálido, sombrío, resuelto. No había dicho nada mientras ella gritaba. Cuando fatigada se calló, repuso.

—¿Qué he hecho á Dios para que usted sea mi madre?

Aunque estas palabras revelaban profunda desesperación, la señora Marion no las comprendió.

—Escuchad—dijo Tiennet, en cuya frente de niño había una tristeza tranquila y enteramente viril.—No volveré á verla; pero no mienta. ¿Es usted mi madre?

—¡No! ¡No! ¡No!—replicó por tres veces la señora Marion con creciente violencia.—¡Soy una mujer sola! ¡No tengo hijos! ¡Salga de mi casa!

Brilló como un relámpago de esperanza en la mirada del joven.

La propietaria contestaba siempre.

—¡No! ¡No! ¡No!

Era aquello algo horrible, sin gracia ni grandeza, horrible y vergonzoso. Si fuera preciso comparar el horror de nuestras villanas tragedias con el gran horror de los dramas heroicos, descenderíamos toda la escala de los seres creados, é iríamos á buscar en el fango al asqueroso reptil, que opondríamos á la reluciente cabeza de la hidra.

La escena se prolongaba, aumentando la emoción de Tiennet hasta cubrir su rostro de mortal palidez.

Las fatigas de la noche y todo cuanto desde el día anterior había experimentado ejercían sobre él una opresión irresistible. Sentía que iba apoderándose de él la misma debilidad que en el Gran Café de la Industria le había hecho caer en tierra.

Con paso rápido, aunque vacilante, se dirigió hacia el lecho de la propietaria y cogió de su cabecera el Crucifijo.

—¡No mienta usted!—repitió con apagada voz, mientras dos gruesas lágrimas surcaban su pálido rostro.

Levantó el Crucifijo en alto, añadiendo:

—¡En nombre de Dios crucificado, jure usted que no es mi madre!

—¡Lo juro! ¡Lo juro!—dijo precipitadamente la señora Marion.

El Crucifijo se escapó de las manos de Tiennet, que cayó de rodillas.

Entre sus convulsivos sollozos una última palabra salió de sus labios, palabra de desesperación é inexplicable angustia.

—¡Miente, Dios mío! ¡Estoy maldito! ¡Es mi madre!

Sus dedos crispados oprimieron su frente, cubierta de sudor frío. Sus ojos se cerraron y se trastornó su cabeza.

La señora Marion se lanzó hacia él, pero demasiado tarde para impedir que su cabeza chocara contra el suelo.

La propietaria se sentó á su lado, colocó la cabeza

de Tiennet sobre sus rodillas y contempló aquel pálido rostro sin decir palabra.

Al cabo de algunos segundos atrajo la frente del joven hacia su boca y besó repetidamente sus abundantes cabellos en desorden.

La señora Marion lloraba; había entonces en su rostro algo de humano. Acaso fuera uno de esos enternecimientos nerviosos que experimentan las mujeres y que rara vez llegan hasta el corazón. No lo sabemos.

Contemplaba á Tiennet. Había cierto orgullo en su mirada, y sus dedos temblaban al pasar por la abundante cabellera del joven.

—¡Es hermoso!—murmuraba, sin pensar en socorrerle.—¡Es muy hermoso! ¡Y cómo se le parece!

Transcurrió un minuto.

La señora Marion colocó suavemente la cabeza de Tiennet sobre una almohada y se dirigió hacia su armario, arsenal muy bien provisto de armas contra el olfato. Buscó entre tres ó cuatro docenas de frascos uno de sales y volvió hacia donde estaba Tiennet Blône, que continuaba desvanecido.

Repárese que ya se había secado el llanto de la propietaria. Destapó el frasco de sales.

—Esto va á hacerle volver en sí al punto—decía.—Y después de todo, si el viejo Juan hiciera alguna cosa por este muchacho... y por su madre... aún la cosa pudiera arreglarse.

La señora Marion no se había engañado. Apenas el frasco tocó á la nariz de Tiennet, se desvaneció el desmayo del joven. El aldeano, que nunca había aspirado tan violentos efluvios, levantó la cabeza como si hubiera experimentado una descarga eléctrica.

Sus ojos volvieron á abrirse y miró con asombro en torno suyo.

—¡Y bien!—dijo la señora Marion sonriendo.—¿Cómo nos encontramos, caballero?

Tiennet no respondió: miraba con horror á hurtadillas á la propietaria; prueba evidente de que había también recobrado la memoria.

Se levantó sin decir una palabra. Sus piernas temblaban bajo el peso de su cuerpo. No obstante, se dirigió hacia la puerta.

—¿Se va usted así?—repuso la señora Marion con expresión afectuosa.

Tiennet continuaba su camino, guardando silencio.

—¡Vamos—dijo la propietaria,—veo que estamos enfadados! ¡No importa: no quiero abandonaros así, jovencito! Soy buena persona; todo el mundo se lo dirá, y voy á demostrarlo.

Tiennet tenía la mano en el pestillo de la puerta. Iba á levantarle; pero dejó la puerta cerrada al oír que la señora Marion decía:

—Voy á probárselo dándole el medio de saber el nombre de su madre.

Tiennet volvió al punto sobre sus pasos.

—Escuchadme, Tiennet Blône—prosiguió la propietaria, que adoptó un tono serio y casi solemne:—quisiera hacer algo por usted. No me juzgue: encontrará mujeres más malvadas que yo en su vida...

Se detuvo un instante aguardando una respuesta, mas como Tiennet se callase, continuó:

—Llame á sus recuerdos: voy á hablarle de una cosa que sucedió hace tiempo, diez ú once años, cuando era usted un niño. Una señora fué á verle á casa de Santos Blône.

—¡Sí!—interrumpió Tiennet.

Y añadió mirando de frente á la propietaria:

—¡Juraría que era usted!

—Pudiera no equivocarse, joven; pero poco importa, pues no es de eso de lo que se trata. En este momento busco un medio de obligarle sin comprometerme, porque dependo de alguien en mi bienestar, y con ese alguien no se juega. ¿Se acuerda usted, Tiennet? La señora de que hablamos, sea yo ó sea otra, le dió un librito de oraciones.

—Lo recuerdo.

—¿Ese libro le ha guardado?

—Sí.

—¿Sabe dónde está?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el castillo de Ceuil, en mi habitación, á la cabecera de mi cama.

La señora Marion pareció reflexionar.

—Mire usted—replicó,—desearía que supiera usted

estas cosas cuando no se hallara en mi presencia, porque... porque me haría usted algunas preguntas que no podría contestar. Pero es igual; he empezado y terminaré. Los niños á veces rompen las hojas de los libros que les dan. ¿Está completo el suyo?

—Sí, señora; completo.

—¿No le falta ninguna hoja?—insistió la propietaria.

—Ninguna.

—¿Ni siquiera la hoja en blanco de la anteportada?

—Ni siquiera ésa.

—Bien, Tiennet—repuso la señora Marion;—en esa hoja en blanco hay escrito un nombre. ¿Le ha leído usted?

—Si le he leído, no me acuerdo de él—respondió el joven.

La propietaria respiró. Tenía un medio de dar la noticia y evitar las preguntas que podían ser su consecuencia.

—Ese nombre—prosiguió—es el de un hombre que mejor que yo puede instruirle. Eso es todo lo que tengo que decir á usted.

—¡Gracias!—dijo Tiennet, que de nuevo se dirigió á la puerta.

—¡Una palabra aún!—repuso la señora Marion en el momento en que iba á salir.—¿Se propone usted marchar con el señor Berthelleminot de Beaurepas?

—Tal vez—contestó Tiennet.—De todos modos, usted no volverá á verme.

Traspuso el umbral y desapareció.

La señora Marion permaneció un instante con la vista fija en la puerta entreabierta.

—¡Bravo muchacho!—murmuró.—¡Es una lástima! Pero ¡bah! ¿Quién sabe? Con lo que le he dicho, quizás le haya orientado por el camino de la fortuna.

Tiennet atravesó la cocina sin ver á Rosalía, que había entrado y le dió en vano las buenas tardes. El joven no contestó.

Una vez en la calle, caminó al azar. Su cabeza daba vueltas. Estaba ebrio.

XV

La Mestivière.

Eran cerca de las dos de la tarde. El viento del Noroeste ahuyentaba las nubes y la lluvia. El cielo presentaba el aspecto variable y tumultuoso de los días de Marzo, en que la lluvia y el Sol libran reñido combate.

Volvemos al Vesvre, que atravesamos la noche última, y no lejos del lugar en que *Argent* pereció. Estamos en la Mestivière.

Si, como decía Tiennet Blône, que todo lo sabía, el señor Fargeau Crehu de la Saulays, el mayor de los sobrinos de Juan del Mar, había elegido aquel sitio para dar entre dos luces citas á la hermosa Olivette, daba pruebas de buen gusto. La Mestivière era un sitio particularmente propicio para las citas, de cualquier clase que fueran.

Como ya lo hemos dicho, era una especie de promontorio, enhiesto sobre el curso del Vesvre, cuyas aguas lamían su base.

En la cima se divisaba una plataforma irregular y lo bastante amplia para que los ganados del castillo acudieran allí á apacentarse cuando el agua cubría la pradera.

La selva de Ceuil circundaba la plataforma por tres lados y el cuarto daba al Vesvre, que dominaba á una altura de ciento veinte á ciento treinta pies.

Allí habían tejido una empalizada de espinos y de estacas, porque la señorita Berta la ciega iba muchas veces por allí á lo largo de las alamedas del bosque.

Para terminar con la Mestivière, bastaría ahora decir que era un sitio soberanamente pintoresco, desde el cual se descubría, como desde un balcón natural, el más hermoso paisaje de Ille-et-Vilaine.

Pero como vamos á establecer en ella nuestro cam-

po de operaciones para ver y oír por espacio de medio día muchas cosas—todo un acto de nuestro drama—conviene conocer perfectamente los detalles y tener ante los ojos todas sus perspectivas.

Aparte de los boquetes que le daban entrada por el monte, se llegaba á la Mestivière por dos caminos principales, de los cuales uno procedía de la pradera y el otro descendía del castillo.

El primero daba la vuelta á la base rocosa del promontorio, trepaba en zig-zag, formado en casi toda su extensión por escaleras talladas en la arcilla, y desembocaba en el ángulo Oeste de la plataforma, donde terminaba la balaustrada de que hemos hablado.

El segundo se dirigía perpendicularmente al curso del Vesvre y con dirección á Vitré, que se percibía en lontananza; ascendía en pendiente suave, separándose de la línea recta para evitar los enormes troncos de roble que tanto abundaban en el soto.

A su desembocadura en la plataforma formaba una especie de puerto natural encajonado entre dos rocas graníticas que á derecha é izquierda cerraban el paso.

Este segundo camino era el atajo de Vitré al castillo de Ceuil.

El bosque se aclaraba á lo largo del camino, y entre los gigantescos árboles esparcidos aquí y allí por el soto podían percibirse en la época invernal, en que se desarrolla nuestra historia, las altas chimeneas del castillo.

Al Noroeste estaban la balaustrada y el precipicio, y al Sur y al Sudoeste se extendía la selva surcada por estrechos senderos de cabras, y en la cual abundaban peladas rocas bajo los árboles desnudos.

Todo ello era grande y bello; todo parecía aún mayor y más hermoso en medio de aquella comarca, en que el paisaje se desenvuelve de ordinario mezquinamente entre reducidos horizontes.

Nos queda por hablar del roble hueco de la Mestivière, al cual ya nos hemos referido, y que desempeña importante papel en nuestro relato.

Aquel roble, de monstruosas dimensiones y casi tan célebre en el país como el hermoso roble de Pre-

valaye, cerca de Rennes, quizás contaba más de un siglo. No tenía más que la corteza, gruesa como un muro, de la cual salían ramas tan gruesas como árboles, vigorosas, frondosísimas y cargadas de bellotas.

El buen rey Enrique IV, al decir del cura de Vesvron, que invocaba para afirmarlo la tradición local, había comido un trozo de tocino bajo aquel roble, y le había parecido delicioso.

Otro recuerdo más auténtico se conserva del gigante del bosque de Ceuil. A cuatro pies de altura su corteza está tallada y presenta grandes cicatrices, que han debido de ser letras grabadas con un cuchillo.

El cura de Vesvron había descifrado aquellas letras, algo deformadas por el tiempo y el trabajo de la vegetación. En la línea superior encontró estas cuatro letras: M. R. C. S. En la inferior, las dos iniciales F. M. seguidas de la cifra 1668.

Su traducción es bastante plausible; hela aquí: Primera línea: María de Rabutin-Chantin, marquesa de Seviñé.

Segunda línea: Francisca Margarita, 1668.

Francisca Margarita de Seviñé, que entonces contaba diez y siete años y que iba á ser al año siguiente la condesa de Griñán. La muy amada, la querida, la adorada, aquella á quien se escribían cartas que son como las flores del gran siglo.

El hueco del roble de la Mestivière podía contener una mesa con varias personas cómodamente en torno de ella. Además de la cavidad principal había, así en el interior como en el exterior, gran número de agujeros más ó menos profundos, dondequiera que una rama había brotado en otro tiempo.

Colocado como estaba, dominaba todos los alrededores y hubiera sido la atalaya más maravillosa del mundo.

A la hora en que subimos al promontorio volviendo de Vitré, el roble hueco de la Mestivière servía justamente de puesto de observación.

El centinela que le ocupaba no estaba armado y en son de guerra, ni tenía muy belicoso continente; sin embargo, en su rostro, alterado por la cólera, podían descubrirse proyectos de batalla.

El centinela era nuestro buen amigo Jaume, el pastor de Ceuil, pretendiente de la señorita Olivette.

Mientras sus vacas pacían la hierba corta y la manzanilla silvestre que tapizaba el otero de la Mestivièrre, Jaume exploraba con toda su alma el camino de Vitré.

Hacía tiempo que estaba allí. Sus vacas ya estaban saciadas; mas él no parecía pensar en el regreso.

La campana del castillo había llamado á la comida de mediodía como de ordinario. Jaume no había comido; pero su estómago nada le decía, mientras que su corazón le hablaba muy alto.

Jaume tenía mucha pena.

Al amanecer se había dirigido allí, á pesar de la lluvia. De hora en hora había visto la llanura inundada ir vaciándose gradualmente, hasta que el Vesvre, teniendo cuatro veces su anchura habitual, corrió como un torrente por la verde pradera.

Esto le importaba poco, pues no era por eso por lo que su mirada devoraba la llanura.

Tenía el pobre Jaume enrojecidos los ojos y la nariz, algo á causa del frío, y mucho de tanto como había llorado.

¡Ah! ¡Olivette! ¡Olivette!

Hacia las nueve de la mañana había percibido un punto negro que avanzaba por el camino de Vitré, al otro lado de la inundación, aún considerable en aquel momento. Su corazón había palpitado. El punto negro se agrandaba por momentos.

Era un hombre; un hombre á caballo.

Jaume había dirigido una feroz ojeada hacia un rincón del árbol, donde había ocultado dos grandes garrotes de acebo que incitaban á blandirlos para partir cráneos.

El jinete había entrado en una lancha. A medida que se acercaba, Jaume perdía la esperanza.

¡Dios mío! ¡Lástima de garrotes de acebo, hermosos palos verdes y flexibles que rompen los huesos como si fueran de cristal!

Era el doctor Meaulle, el buen hombre que iba á prodigar sus cuidados á Juan del Mar.

El doctor Meaulle llegó al pie de la Mestivièrre, su-

bió el tortuoso sendero y atravesó el otero, y como al pasar viera las vacas que pacían, hermosas y renombradas en todo el cantón, dijo:

—¡Oh pastor!

Sin duda quería preguntar noticias de Juan Crehu; pero Jaume pensó:

—Puesto que va á verle, ya lo sabrá.

Y permaneció oculto en el hueco del árbol. El doctor Meaulle se alejó.

Jaume continuaba observando el camino de Vitré. Hacia las once y media se destacó otro punto negro. ¿Van á entrar en acción los garrotes de acebo verde?

Aún no. Era el doctor Morin, que iba como si llevara al Diablo á sus alcances.

A las doce apareció el tercer punto negro: era Bernard, el hombre de negocios.

A las doce y media, Menand joven, el notario.

A la una, dos puntos negros á la vez: el viejo Houel con *Primo y amigo*, el señor Maudreuil.

Jaume pensó:

—He ahí, seguramente, muchos cuervos para una sola tajada.

A las dos menos cuarto se divisó un carricoche y en él á los dos Romblon con el joven Guerineul.

El carricoche se quedó abajo y los tres viajeros ascendieron.

—¡Hermosas vacas!—dijo Romblon al pasar.

Jaume dirigió á las vacas una ojeada melancólica.

—¡Sí, sí!—murmuró.—¡Ahora son de la señorita Berta! ¿Quién sabe de quién serán mañana!

Volvió á mirar por una tronera de la garita y vió un hombre á pie que corría por el camino de la villa. Aún estaba muy lejos; pero la sangre subió al rostro de Jaume, que abrió desmesuradamente la boca para respirar á pulmón pleno.

Los Romblon y Guerineul habían llevado la última barca al otro lado de la Mestivièrre. El hombre se despojó de sus ropas, hizo un lío que colocó sobre su cabeza y entró en la corriente sin vacilar.

—¡En cuanto á eso, seguramente—gruñó Jaume apretando los dientes,—nadas bien, mi joven Tiennet! Pero yo pego fuerte!

Tiennet alcanzó la barca en una docena de braza-

das y se vistió de nuevo apresuradamente sus vestidos. Jaume se decía sonriendo:

—¡Tienes mucha prisa, mi joven Tiennet, pero será preciso que te detengas un poquito! ¡Caramba, sí, de seguro!

Cogió los dos garrotes de acebo, salió del árbol y fué á colocarse en medio del camino de Ceuil, entre las rocas.

Era como un cordero aquel Jaume; pero ya había partido el cráneo á un carbonero del Bouexis porque había mirado á Olivette con ojos codiciosos.

Tiennet apareció al punto en lo alto del acantilado. Como no tenía nada, su paso era seguro. Jaume reía á solas.

Tiennet aún no había percibido al pastor, aunque no estaban más que á algunos pasos uno de otro.

Ambos tenían la bondad y la franqueza pintadas en el rostro; pero únicamente en eso se parecían, pues todo lo demás era en ellos opuesto.

Aunque Tiennet fuese cuatro ó cinco años más joven que el pastor, le llevaba la cabeza. Su estatura era esbelta y graciosa bajo su traje de aldeano. El sol brillaba en su ensortijada cabellera negra. Su figura inteligente era pálida y blanca como la de un muchacho de la ciudad.

El pastor, por el contrario, era corto de estatura y regordete, tenía enormes espaldas, faz roja y sonriente, en torno de la cual revoloteaban cabellos rubios como el cáñamo.

Había, ciertamente, entre los dos tan evidente diferencia como entre un caballo de raza y un jaco del país. Pero ¿quién ignora que el jaco lleva fardos que derrengarían al caballo de raza?

Jaume arrojó uno de los garrotes á los pies de Tiennet, que alzó los ojos y vió al pastor en guardia.

Cogió tranquilamente el garrote.

—¿Qué tienes contra mí, querido Jaume?—preguntó.

—¡Escúpete las manos y ponte en guardia!—respondió el pastor rudamente.—¡Hablares después, si te agrada!

Tiennet quiso replicar; pero el garrote de Jaume, empuñado á dos manos, describió dos ó tres círculos

rápidos amenazando la cabeza de Tiennet con violencia terrible.

Jaume era el mejor garrote en cinco leguas á la redonda.

Tiennet retrocedió y se puso en guardia.

XVI

Los garrotes de acebo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

¿Dónde estaban Mathurin Houin el molinero, Pedro Mechet el espartero, Ivon, Faucin, Merieul y Louisic el panadero?

¿Dónde estaba la vieja Renata, idólatra del rosario, con sus bigotes y sus verrugas?

¿Dónde estaban las gentes de Ceuil, las de Vesvron y los mozos de Bouexis?

¡He ahí los garrotes que hacen tic, tac, pum!

Tic. ¡Mala parada! *Tac.* ¡Parada de lleno! *Pum.* ¡Ah, Dios mío! El garrote cae sobre las carnes marcando señales para todo un año.

En cuanto al golpe que da en las sienes no se imita su ruido: la muerte es muda.

¡Hola, Merieul! ¡Faucin y los demás! ¡Carboneros, embusteros, apaleadores, impertinentes!

¡Hola, colonos! ¡Llegad presto, ó será tarde! No está lejos el momento en que Jaume dé con su cuerpo en tierra.

¡Llegad á ver lo que vale un muchachote blanco y pálido delante de Jaume, el pastor de Ceuil!

Pero no había nadie en el otero ni en el bosque: era un duelo sin testigos.

Los garrotes se movían que era un encanto; nada de suspensión, nada de tregua: se golpeaban siempre, siempre.

Jaume, que era un maestro, trabajaba con todas las reglas del arte. Atacaba de frente, de lado, al